

**CUENTO N° 115**

**TÍTULO: TRAVESÍA**

**SEUDÓNIMO: ALIKO**

**AUTORA: LUZ MARGARITA PRADO MUJICA**

## TRAVESIA

ALIKO

Hannelore despierta angustiada de su sueño. Alguien desconocido la perseguía, ella, aunque trataba de correr, no podía mover las piernas. Hace varias noches que tiene pesadillas extrañas. Nunca le había pasado durante una travesía, al contrario, dormir en el yate, desde la primera vez que lo hizo, fue como volver a la cuna. Esa sensación de ser mecida la tranquilizaba y, a pesar de que el mar moviera la embarcación a su antojo, ella era capaz de conciliar el sueño y dormir profundamente.

Ahora siente la boca seca, pero no quiere molestar a Franz para pedirle un vaso con agua. Guiar el yate es un trabajo arduo, sobre todo en estos parajes desconocidos y él, lo ha gobernado muchas jornadas continuas.

El Océano Pacífico sólo tiene el nombre piensa al recordar el último temporal que recién superaron con muchas dificultades. Fue una suerte que esta vez los acompañara otro tripulante. Franz siempre rehusó tomar una persona, pero cambió de idea cuando le presentaron a Robert, uno de los tantos muchachos que trabajaban en la Marina durante la temporada veraniega. El joven tenía algo especial, era más educado en su trato y muy limpio en su apariencia. Ella lo catalogó para sí de homosexual, ya que jamás le miraba las piernas como el resto de los marineros y prefirió callar su opinión, cuando su marido estuvo de acuerdo en contratarlo para el nuevo viaje que emprenderían con destino a Sudamérica.

Hannelore estira la mano buscando el cuerpo de Franz y encuentra el resto de la litera vacía. Rápidamente enciende la lámpara que ilumina tenuemente el camarote. Hace frío. Ella piensa que tal vez hubo una emergencia y él se levantó a solucionarla, Pero todo está en calma, el yate navega con piloto automático y el turno le correspondía a Robert. Preocupada, se coloca una parka sobre el pijama y sale al pasillo. Golpea la puerta del baño por si su marido estuviera dentro, nadie responde. Luego sube la escalerilla y enfila hacia la cabina de mando. Está vacía. Se acerca al timón, todo parece funcionar en orden. Tal vez Franz y Robert estén en la popa. Abre la puerta hacia el exterior. Una bocanada de aire frío la envuelve, la noche está muy oscura, no hay luna ni estrellas Asoma sólo la cabeza tratando de ver si hay alguien.

Franz, llama quedamente. No quiere asustarlo, sólo saber si se encuentra afuera. No obtiene respuesta. Intranquila vuelve sobre sus pasos. Baja la escalerilla y cruza el pasillo dirigiéndose hacia la otra habitación. La puerta está con seguro. Golpea suavemente con los nudillos.

-Robert, ¿estás ahí? No encuentro a mi marido.

El marinero a entreabre la puerta y le dice que no se preocupe. Que ambos se habían quedado hasta tarde arreglando una falla del motor y que Franz, para no despertarla, se acostó en su camarote y que él, recién ha bajado a avisarle que es su turno de navegación. Termina la frase abriendo la puerta para que ella vea a su marido durmiendo plácidamente en la litera.

-Está bien, déjalo tranquilo, yo puedo hacer el turno ahora, dice en voz baja ocultando su extrañeza frente a la actitud de su marido quien no es amigo de compartir con los demás y menos una cama.

-Los horarios se deben cumplir, responde el marinero y, dirigiéndose hacia la litera, toca sin miramientos el brazo que asoma por el cobertor.

-Despierte, Señor, es su turno de navegación, además la señora Hannelore está aquí, preocupada por Ud.

Franz abre los ojos mirando inquisitivo hacia la puerta.

-Disculpa, querida, Robert me convenció que era mejor ocupar su camarote para no molestarte. Subo enseguida, ¿puedes prepararme un café?

Ella asiente con la cabeza y da la vuelta dirigiéndose hacia el pasillo. Está confusa. ¿Por qué dormir en el camarote de Robert si arriba hay otra litera? Y, desde cuando se preocupa por despertarla, si él es de los hombres qué, si se desvelan, enciende la luz para leer o, prende la televisión y ve películas, aunque sean las cuatro de la mañana. La mujer sube a la cocina, automáticamente prepara la cafetera. Moler los granos la distrae de sus pensamientos. Pronto el olor a café llena el ambiente. Franz asoma la cabeza.

¡Qué bien huele! ¡Me hará bien una taza de café! Estoy helado, dice sentándose a la mesa.

Hannelore pone la cafetera sobre la mesa, pero no le sirve. El hombre espera unos segundos, luego se levanta, toma dos tazones de la repisa, los deja sobre la mesa y abriendo el compartimiento de los comestibles, elige un paquete de galletas.

-Tengo hambre, agrega como disculpando su actitud.

La mujer lo observa mientras él llena las dos tazas, luego coge una y se dirige hacia la escalera. No está de humor para hablar ni para comer galletas. Tal vez la travesía fue una mala idea, ella trató de hacerlo cambiar de idea, que no fueran tan lejos, que recorrieran nuevamente las islas griegas, pero él insistió en su objetivo. El sur de Chile será hermoso, pero no puede arreglar una situación amorosa, que no está funcionando como antes.

¿Tú eres Hannelore? ¡Yo soy Franz!

Así se habían saludado en el primer encuentro. Ambos eran maduros e independientes cuando aceptaron una cita a ciegas propuesta por la hermana de él, quien trabajaba en la oficina de turismo donde ella siempre recurría. Esa vez, fue a comprar un pasaje para Tahití y, su futura cuñada, mientras conversaban, le contó que ella tenía un hermano que también pensaba ir y en un dos por tres, la convenció de tener un encuentro. Hannelore no sentía mucho interés por casarse, pero cuando conoció a Franz cambió de opinión. Era un hombre apuesto, soltero, con buena situación económica, además congeniaron bastante bien en sus gustos y aficiones, Terminaron yendo de luna de miel a Tahití. Allá, ambos se enamoraron de un yate

que adquirieron juntos. La idea de salir de vacaciones donde quisieran los entusiasmó. A ella, siempre le había gustado navegar y él, había hecho un curso de patrón de Yates en algún momento de su vida. Con un par de clases, se puso al día, obteniendo los permisos para navegar.

La primera época fue genial. Dejaron el yate en Palma de Mallorca y cada vez que podían, se arrancaban para navegar en el Mediterráneo. Ser copiloto era un trabajo arduo, pero a ella le encantaba. Sabía izar la vela como un experto y maniobrar a estribor o babor en cualquier ocasión. Sin embargo, realizar una travesía lejana como él quería ahora era diferente y necesitaban de una tercera persona. Cuando Robert, un alemán, que acudía todos los veranos a trabajar en Mallorca, se ofreció para acompañarlos, no puso objeción. Al preguntarle a Franz como se había enterado de que buscaban una persona, él le dijo que había puesto un aviso en la Marina y que Robert era el mejor candidato. Se pusieron de acuerdo en las fechas y, a mediados de agosto, partieron.

Era pleno verano, pero a medida que se acercaban al hemisferio sur, el tiempo fue empeorando. Hannelore propuso cambiar de rumbo, que sería mejor volver, porque ellos estaban acostumbrados a navegar con oleajes favorables y se veía claramente que la situación se estaba revirtiendo. Los hombres argumentaron que no era problema, que el yate era capaz de resistir una tempestad. Ella sintió miedo, pero era minoría. Franz se comportaba de un modo diferente, estaba lleno de vida y andaba siempre tras de Robert, según él para aprender más sobre la

navegación. Es cierto que el otro era un experto, pero ella había guiado ese yate en muchas ocasiones y siempre se las habían arreglado entre los dos.

Ya en el camarote, bebe el café, se arropa bien y decide dormir. La embarcación ahora va capeando el oleaje con bruscos movimientos. No hay duda de que el tiempo ha empeorado. Ella se tapa la cabeza con la almohada tratando de recordar las oraciones que repetía de pequeña. Tal vez más tarde amaine la lluvia y decidirá qué hacer. Unos fuertes golpes que vienen de afuera la asustan. El yate cruje entero. Al bajar de la litera, el brusco movimiento de la embarcación la hace caer, ya está oscuro, a tientas busca el interruptor de la luz, por suerte funciona. A duras penas se pone los pantalones, el sweater y la parka. El vaivén es infernal, pero más aún el aullido del viento y la lluvia. Sale al pasillo, la puerta del otro camarote se golpea, logra engancharla y aferrada del pasamanos, sube la escalera, la cabina de mando es un caos, los objetos que siempre quedan encima están dispersos en el suelo. En el timón no hay nadie. La mujer siente pánico.

¿Dónde están Franz y Robert? Trata de llamarlos, su voz apenas se escucha. De pronto siente un estruendo tremendo y le parece divisar que el mástil se bambolea. Se acerca a la ventanilla e intenta mirar hacia afuera. Sólo ve bultos difusos. No sabe si permanecer allí esperando o asomarse para ver que sucede afuera. El cuerpo no le responde, está paralizada. Un nuevo movimiento de la embarcación la hace caer. Cree escuchar voces y llama a Franz. Pero la tormenta apaga su grito.

Trata de calmarse respirando hondo hasta que logra levantarse y, afirmándose de las manillas y paredes, camina hacia la puerta. La abre con esfuerzo y se asoma.

La lluvia le impide ver, espera un rato para que sus ojos se acostumbren a la oscuridad. Ahí divisa a los dos hombres intentando salvar la vela, uno de los mástiles se ha roto y el otro se bate peligrosamente. Una enorme ola la hace perder el equilibrio, pero alcanza a afirmarse de un soporte. Utilizando las manos y pies gatea avanzando para tratar de ayudar. Robert la ve primero y le grita que se devuelva. Franz ha logrado agarrar la vela y está amarrándola a lo que queda del mástil. Hannelore se levanta cuando, repentinamente viene una ola más grande, que la arrastra como en cámara lenta. Sólo alcanza a darse cuenta que los dos hombres siguen con su tarea mientras ella va desapareciendo en el intenso oleaje.

No debió venir al sur, su instinto se lo advirtió y no le hizo caso. Siempre creyó que el significado de su nombre “Dios es mi luz”, la protegería.